

UN TRABAJO DE PENA

El mensajero, un chico simpático, me entrega el expediente que espero con impaciencia, firmo el recibo y nos despedimos. De regreso al salón, me detengo frente al espejo del pasillo y ensayo mi expresión estrella. Compruebo que no he perdido facultades y luego sonrío. Dicen que en Inglaterra hay empresas que se dedican a este negocio. Yo trabajo como autónomo.

Tomo asiento en el sofá, rasgo el sobre y extraigo la documentación. Dispongo de unas pocas horas para estudiar todos los datos. Poseo una memoria prodigiosa, pero no me gusta dejar nada al azar. Aunque algunos detalles puedan parecer nimiedades, nunca se sabe y no es aconsejable confiar en la suerte ya que cualquier fallo puede ocasionar pérdida de prestigio profesional.

En la primera de las cuatro fotografías, leo al dorso:

Bernardo: 57 años, casado con Aurora., La conoció en la estación de Chamartín, el primer día que pisó Madrid. En unos pocos días tenían previsto celebrar sus Bodas de Plata. Regentaba un taller mecánico de su propiedad, en los bajos de su vivienda, junto a sus dos hijos, Manuel y Fernando, ambos mayores de edad. Asturiano, aunque residente en Madrid desde que contrajo matrimonio. De fuerte carácter y antipático con los demás. Forofa del Sporting de Gijón. Le gustaba la ropa deportiva, aunque odiaba hacer deporte. Solía decir: «Si no puedo ser campeón del mundo de algo, para qué voy a entrenar». Nunca perdimos el contacto desde el servicio militar que ambos hicimos en Canarias.

Ocurrió mientras cambiaba el aceite a un Volkswagen Golf.

En la fotografía de Aurora:

52 años. Era peluquera hasta que conoció a Bernardo. Natural de Madrid. No le gusta el fútbol ni los toros. No fuma ni bebe. Amable y servicial con los demás. Elegante y refinada. El azul es su color preferido.

La señora tiene buena apariencia física.

La siguiente fotografía es de Manuel, el hijo mayor:

23 años. Andrea es su novia desde hace tiempo. No quiere ser mecánico, ya que estudió para higienista dental, pero Bernardo lo obligaba a trabajar en el taller. Aún no se ha independizado. Le gusta el flamenco y salir de copas.

Se le ve algo envejecido para su edad.

La última, de Fernando:

21 años. No tiene novia ni estudios. También vive con sus padres. Es amable y educado.

En la foto exhibe una sonrisa cautivadora. Parece un inocentón. Debe salir a su madre.

En cuanto a mí, hoy me llamo Francisco, tengo 57 años y soy director de un hotel en Fuengirola. Viajé a Madrid en cuanto recibí la triste noticia del fallecimiento de mi amigo Bernardo. Seré casado con dos hijas de edades similares a las de Manuel y Fernando. Debo hacer un esfuerzo imaginativo para relatar alguna anécdota de la mili.

Guardo las fotografías en el sobre y lo dejo sobre la mesa. Ahora he de prepararme. Debo presentar el aspecto adecuado para la

ocasión. Meto en mi cartera las fotos de las que serán mis hijas, por si acaso.

Traspaso la puerta de entrada y me dirijo con paso firme hacia el fondo de la sala 3, sin prestar atención a nadie. La parte superior del féretro está abierta. Bernardo parece dormido. Los ojos comienzan a escocerme cuando meto mis dedos simulando secar mis lágrimas. Se enrojecen aún más y comienzo a lagrimear. Aurora, su viuda está a mi lado. La abrazo y exclamo en voz alta: «¡Cuánto lo siento, Aurora!». Ella me corresponde y llora sin consuelo. «¡Quién lo iba a decir, con solo 57 años!», insisto. Así es como consigo convertirme en el centro de atención de todos los presentes, siete u ocho, que hasta ahora parecían aburrirse de lo lindo. Manuel, que me estudia en silencio desde un rincón, se acerca receloso.

—¿Conocía usted a mi padre?

—Me llamo Francisco y tú debes ser Manuel. Tu padre me habló de ti —lo abrazo y le susurro que lo siento—. ¿Que si lo conocía?, nos hicimos amigos en la mili, cuando él me salvó la vida —Manuel gesticula sorprendido—. Fue durante unas maniobras. Se arrojó sobre mí para protegerme de la explosión de una granada y se convirtió en un héroe. Es algo que no podré olvidar mientras viva.

De nuevo toco mis ojos.

—No conocía esa faceta de mi padre.

Nunca nos contó nada.

—Bernardo era así. Un asturiano sencillo que se sacrificaba por los demás, aunque nunca presumiera de ello. Su rudeza no era más que una fachada. Sportinguista hasta la médula, me contó cómo conoció a tu madre, que era peluquera, el primer día que vino a Madrid y me confesó que estaba orgulloso de que, a pesar de tener tus estudios de higienista dental, decidieras trabajar a

su lado. Sé que te gusta el flamenco. También me habló de Andrea, tu novia.

Aurora me observa estupefacta. Tampoco los demás me quitan la vista de encima. Creo que comienzan a sentir curiosidad.

—Lo invité varias veces a Fuengirola, donde dirijo un hotel, pero siempre decía que no quería aprovecharse. Era así de generoso. Llegué a Madrid esta mañana para darle el último adiós.

Fernando me observa desde un rincón, sin perder detalle de lo que digo. Me acerco a él.

—¡Fernando! —exclamo para que se me oiga bien y él se acerca reprimiendo una tímida sonrisa—. Eres tal y como tu padre te describió. — Lo abrazo y le digo al oído: «¡Qué tristeza más grande!».

Miro a Aurora.

—Al menos no estarás sola y tus hijos pueden hacerse cargo del taller. Yo también

tengo dos hijas. ¡Y pensar que no pudo llegar a vuestras Bodas de Plata...!

Un tipo se nos acerca. Se presenta como el presidente de la comunidad de vecinos y desea saber más sobre Bernardo.

—¡El pobre Bernardo! —exclamo compungido para ganar algo de tiempo—. Hablábamos por teléfono con frecuencia. Alguna vez me comentó que le mortificaba saber que estaba rodeado de buena gente y que, aunque deseaba mostrarse más amable con los demás, sus preocupaciones se lo impedían. Creo que era un incomprendido.

La gente se me acerca hasta formar un corro, apenados porque un hombre como Bernardo se haya ido para siempre. Algunos, hasta tienen los ojos vidriosos. Creo que hemos conseguido nuestro objetivo. Nadie debería marcharse al otro mundo, sin dejar una buena impresión en este.

—Necesito ir al baño —me excuso.

Fernando me acompaña. Cuando estamos a solas, aprovecha para deslizar el cheque en el bolsillo de mi americana y, creo que con total sinceridad, me da las gracias por todo.